|  |  |
| --- | --- |
| LA PSICOSIS  EN LA INFANCIA | Carolina Lainez |

La psicosis en la infancia o una escritura que no se inscribe. Este es el enunciado bajo el que voy a exponer el análisis realizado en un caso de psicosis de una niña de 8 años. Ingresa en el hospital por vómitos, dolor abdominal y rechazo de la alimentación. Quejidos y sollozos de alguien lastimado. Sonidos extraños inarticulados lanzados al vacío, sin espera de respuesta. No responde a los tratamientos médicos aplicados sin encontrar causa para justificar estos síntomas que continúan durante 10 días. Cada vez más débil y sin posibilidad de expresar lo que le ocurre. Ante las preguntas formuladas por el personal médico-sanitario los padres cuentan de pasada que prácticamente no va a la escuela porque “no se entera” y “es una niña muy particular”. No han consultado a ningún profesional por esta causa y parecen no haber pensado en ello como un problema.

En esta situación se inician las primeras entrevistas. Hacerse receptor del miedo y de lo incomprensible de unos balbuceos, respecto a los que se señala la importancia que tienen para poder saber lo que le está ocurriendo, es, en este primer encuentro, lo que se va a situar.

“Estoy mal… me duele… no saben, puedo morir… no me hacen nada… me duele igual…”

Estas frases cuando las estaba revisando me pareció que podían ser escuchadas como normales dentro del contexto de la enfermedad. Así es, están bien organizadas y a través de ellas no se desprende nada especial. Tampoco si nos atenemos al desconocimiento de esta niña sobre su edad, lugar de residencia, etc. Todos estos elementos pueden ser comprendidos y admiten el sentido de un retraso mental o dificultad en los procesos cognitivos complejos que la llevan a dar respuestas básicas a los acontecimientos inmediatos. Si nos acercamos al DSM IV, atendiendo a sus dificultades de relación y otros parámetros en los que no voy ahora a detenerme, se podría entender como un problema global del desarrollo. Estos acercamientos permiten organizar un caso clínico para la pedagogía, la psicología o la psiquiatría. En este caso el interés, valga la redundancia, no es el caso, sino poner de manifiesto y a discusión una praxis que no apunta a la realidad, sino a un real que en la psicosis toma la palabra.

Lacan nos recuerda que todo lo que en el comportamiento humano es de orden psicológico está sometido a anomalías tan profundas, presenta en todo momento paradojas tan evidentes, que se plantea el problema de saber qué hay que introducir para dar pié con bola. Es lo que él llama el relieve, la ruptura del espacio bidimensional, atendiendo a elementos que dejan ver su complejidad. Se trata para ello de introducir recursos que están más allá de la experiencia inmediata, sirviéndose del modelo operatorio autorizado por Freud que coloca la relación analítica en el eje estructural de toda experiencia.

El analista es una mirada dirigida desde un deseo que como tal lo constituye. Desde su deseo abre una pregunta respecto a un vínculo entre el sujeto y el Otro (conjunto del lenguaje) del que está absolutamente excluido.

Las sesiones siguientes, desarrolladas durante la estancia en el hospital, fueron permitiendo organizar una escena que requería de la presencia del analista. Surge, mientras tanto, una cuestión enigmática repetida con insistencia. Transcribo literalmente:

“¿Qué hace una niña de 9, de 20, de 3, o de 7 con un niño?” Claro ¿qué hace?, ¿qué hacer con esto? Registrarlo y dejarlo en espera.

Una asociación: “Tengo un hermano que murió. Qué lástima”. No sabe si nació antes o después de ella. Intenta contestar y surge lo que llama “un lío”.

Explica algo más: “Mi madre estaba gorda. Comió mucho y tuvo un niño. No la vi, yo estaba en su barriga, bueno ya no estoy, pero mi hermano... qué pena, eso si que da lástima, porque claro si una mujer o una niña, da igual, que se le pone la barriga gorda porque come mucho y tiene ya un niño, pues su hijo y ¿qué hace? Es una lástima ¿no?”

Podemos escuchar: El origen del embarazo es la comida. Una formulación que respondería a una teoría sexual infantil elaborada como explicación a un fenómeno desconocido. Tiene el carácter universal y cumple las características que llevaron a Lacan a considerar que dichas teorías tenían la estructura del mito.

La diferencia entre estas teorías y una construcción delirante es en los niños un terreno resbaladizo. Los mitos infantiles tienen un contenido lúdico y se sostienen en una creencia presentada bajo el mecanismo discursivo de la denegación. En el delirio puede también aparecer en su comienzo una denegación, pero no consigue un resultado satisfactorio y queda absolutamente excluido del compromiso de simbolización neurótica del que participan las teorías infantiles, siendo el resultado un desbordamiento imaginario que es lo que encontramos en el caso que nos ocupa.

Seguir escuchando para ir haciéndose una idea que va tomando cuerpo en medio del caos al que llama “lío”: la madre, el hijo muerto, las niñas y niños, los embarazos, la ausencia de orden generacional.

“Niñas” a cualquier edad, todas ellas mujeres con hijos. Ni más ni menos, puesto que no se contempla otra diferencia. No hay lugar para la diferencia de los sexos. Todo el espacio queda ocupado por un real: el embarazo, del que el síntoma por el que está hospitalizada es una respuesta en acto. La construcción delirante se realiza en el análisis recogiendo la certeza que se desprende de su decir. Su producción calma la angustia. Remiten los síntomas físicos, abandona el centro hospitalario y continúa acudiendo a tratamiento.

Se nombra una certeza: el embarazo. Realidad inesperada creada en el mismo movimiento en que se pronuncia. La intervención mediante un proceso de lectura introduce, en este caso, al analista como el que da testimonio de una certeza. Esta posición convoca un esbozo de amor; amor al saber representado en la persona del analista como referencia necesaria para la dirección de un tratamiento del que vamos a seguir exponiendo su trayectoria

Hablaba estableciendo un diálogo entre la voz y la mano. Manos de mujeres andaluzas cuyos movimientos anudan, desanudan, acercan y alejan, recogiendo una tradición en la que la presencia del Otro materno necesita de maniobras y manierismos expresivos para sostener la distancia. “Es una flamenca”, según expresión de la abuela que encontraba así un nombre apropiado para una niña difícil de calificar.

Risas histriónicas, palabras entrecortadas, frases sueltas, exclamaciones y suspiros. Desorden en la comunicación que no encuentra otro interlocutor que aquel que la encadena al lenguaje, haciéndole emitir dichos cargados de una significación que le es ajena:

“Ya te lo decía, yo, bueno, pasa lo que pasa, claro, pues sí, es así, así es, ¿qué le vamos a hacer ¿no?, luego ya se sabe, que si tiene, ya se sabe, la vida, mi prima que es mayor más chica bueno así, no se como se llama hace mucho tiempo que no la veo, vive lejos, sino con mi …que le vamos a hacer, claro estás fresca, pues que se ha creído…”

En las sesiones incorporó a su mano un lápiz, como objeto imprescindible del que no se desprendía: elemento fálico con el que va a ir trazando los signos del ideal con el que se comenzaba a identificar: un hijo varón. Realizaba trazos en el papel mientras hablaba, cuya forma no respondía en general a nada reconocible y cuando alguna vez se podían aislar letras, números u objetos nunca se relacionaban con lo que estaba diciendo. Llamaba la atención la calidad de estos trazos en alguien que nunca había utilizado ningún tipo de representación gráfica.

Escribe para dejar constancia. En el análisis se aceptan como se presentan. Este conjunto de trazos no son transcripciones de la lengua hablada. Designan la relación del lenguaje a lo real, mediante un proceso de negación de todo lo que hay de vivo en el objeto para retener solo su unicidad. Rubrica con su firma lo que dice, mostrándonos el nombre propio en su carácter distintivo de letra con la que el sujeto se identifica como ideal nombrado desde el Otro. Adquiere así la identificación a un nombre, autorizándose a tomar la palabra en nombre propio.

Hasta aquí la exposición de un recorrido donde mediante un movimiento de suplencia, operado desde el deseo del analista, lo simbólico introduce una falta en lo real, pasando de un embarazo imposible a un hijo nombrado desde la equivalencia fálica como objeto de deseo de la madre.

El análisis prosigue señalando el lugar de falla del ideal, donde este no recubre la falta de significante y el sujeto persiste como deseante. Se inicia señalando la diferencia entre los elementos por ella marcados, sin atenerse a otro tipo de referencia: No es lo mismo 10, 40, 30, 5, etc. No es igual niña que mujer, padre y marido…

Empiezan a coexistir dos maneras de hablar: la primera son los dichos y decires de Otro que habla en ella. La segunda corresponde a la significación fálica, es decir, toma la palabra y se afirma en la independencia y anhelos de libertad. Quiere irse de su casa, ya no aguanta más, va a hacer sus maletas para ir a cualquier parte lejos de esa familia en la que todos están locos. “Gritan, chillan, se enfadan. Bueno, yo también, pero es que no los soporto”, explica. En el colegio, a donde empezó a ir con cierta continuidad, busca camaradería entre sus compañeras y encuentra pelea. Responde con violencia ante cualquier intromisión o desencuentro. Desprecio por el género femenino.

“No quiero pero no puedo evitarlo. Es que son unas pesadas y me ponen de los nervios”.

Progresivamente los trazos con los que acompañaba su relato los sustituye por letras y números convencionales. Escritura necesaria para comunicar los sentimientos que la palabra evoca cuando está atravesada por las modulaciones del amor. Lee y escribe sólo durante las sesiones, sorprendiéndose al escucharse y cuando descubre el sentido del texto.

“Pero si lo sé. Ya puedo leer; bueno a veces me equivoco pero es que voy muy retrasada porque como estuve en el hospital y todo eso ¿Te acuerdas? Que yo estaba mala de la barriga y de los vómitos y hablábamos de los niños y del nacimiento y de todo eso… es que hace ya mucho tiempo”.

Una historia se inaugura con su entrada en análisis, haciéndose eco de un tiempo anterior coagulado en lo que nombra como “retraso”. Retraso respecto a la adquisición de una lengua propia y de su entrada en la vida. Testimonio de una falta respecto a lo que Lacan llama “sentimiento de vida”, siendo el sujeto psicótico la constatación de su inverso: sentimiento de muerte, presente siempre en la psicosis y que, en este caso, lo encontramos en el punto de anclaje entre nacimiento y muerte que se hace consistente en un embarazo real sin conexión con significante alguno. El término forclusión da cuenta de esta estructura dominada por un goce sin posibilidad de regulación. El lazo analítico hace posible un lugar donde se imprime una escritura que adquiere sentido a través de la demanda.

El hijo muerto al que hace existir en su embarazo nace a la vida de la única manera que puede hacerlo un sujeto humano: desde lo simbólico, es decir, adquiere un nombre, marca de una pérdida, entrada en la cadena de un orden del lenguaje que lo incluye en una genealogía. Inclusión posible cuando adquiere la significación fálica mediante un proceso de suplencia que le lleva a ocupar el lugar del hijo que le falta al Otro materno. Esta falta del Otro es un efecto y supone el inicio de un texto que, como la analizante señala, comienza cuando se inicia el análisis con un argumento constituido en torno a un nombre que nombra lo imposible.

Volviendo al punto anterior del recorrido del análisis vamos a señalar el inicio de la escritura fonemática como la entrada en la ley de la diferencia sexual, ley de segregación desde donde va a mirar las diferencias entre los sexos y su combinatoria.

La distancia despreciativa hacia las otras, las mujeres, deja paso a un interés evidente por los oropeles de la mascarada femenina. Pintarse, peinarse, arreglarse como una mujer y darse a ver. Centra su atención en una niña, una amiga a la que manifiesta amor, envidia y sobre todo celos, y en un niño al que le escribe pequeñas cartas para comunicarle que le gusta y al que convierte en causa de la complicidad con otras.

En su familia oscila desde un apoyo claro al padre, único que excluía de la locura que atribuía a todos los demás, casualmente mujeres, a una postura de alianza entre mujeres contra el padre que poco a poco va haciéndose más clara.

Un acontecimiento inesperado: la madre hace las maletas y se va de la casa para “vivir su vida” porque ella también tiene derecho a hacerlo y necesita trabajar. La hija enuncia de esta manera algo que no le es extraño, ya que como antes se señaló ella había expresado, en no pocas ocasiones, su voluntad de irse de la casa para vivir sin ser molestada. Anticipación de un deseo al que quedaba identificada. Lo entiende, no hace reproches:

“Es normal. Aquí no tiene trabajo y claro tiene que trabajar. Yo estoy triste, un poco, me gustaría estar con ella. Vendrá en vacaciones. Dicen que por lo menos podría llamar. Llama a veces, pero muy poco, claro, como está tan ocupada y tiene trabajo…”

Se preocupa por el conflicto familiar generado ante la necesidad de una nueva organización. Quiere hacer algo para facilitar las cosas e intenta ayudar. Comprende a todos, cada cual tiene sus razones. Tolerancia donde antes había inflexibilidad. Parece perder la posición fálica con la que se enfrentaba a unos y a otros. Busca un lugar desde la comprensión y la benevolencia.

El cuerpo habla de nuevo. La regla antes no le dolía y no sabe por qué ahora le duele tanto. Se queja de que nadie le hace caso, no permitiéndole quedarse en casa o dándole un calmante o bien, según sus palabras:

“Necesito que alguien haga algo por mí, que parece que estoy sola. Antes por lo menos cuando me ponía enferma me cuidaban y dejaban que me quedara en la casa”

Una lectura se impone: *Le duele una mujer*. El abandono de la madre toma cuerpo en ésta otra pérdida que deja de ser un fenómeno normal para convertirse en señal de duelo no solo por aquella que se fue, sino también por el encuentro con su ser mujer en falta.

Su preocupación más acuciante es conseguir tener amigas, por lo menos una buena amiga. Le parece muy raro lo que ocurre a su alrededor. No entiende porque no quieren estar con ella cuando ya no se pelea y sólo quiere ser una más del grupo. La ven distinta; les ha explicado su retraso escolar por el tiempo de hospitalización, pero no parece suficiente para que la vean de otra manera. Una de sus compañeras la increpó por hablar sola. Si, es verdad, a veces habla sola, pero eso le ocurre a mucha gente, su profesora, sin ir más lejos.

Las cuestiones sobre las que insiste se circunscriben a un anhelo por establecer lazos sociales. Algo muy difícil para un sujeto cuyo único interlocutor ha sido un Otro que no requiere las modulaciones del lenguaje, sino la ofrenda de un goce no sometido a la regulación significante.

El odio del niño: síntoma social

La práctica del psicoanálisis, en tanto práctica discursiva, interroga la actualidad. Si hay algo que hoy nos impacta es el odio en el niño. Para comenzar, tomaré el fenómeno del grito. Recordemos que el grito se transforma en llamado cuando lo que viene desde el Otro es una respuesta; una respuesta que contiene un saber no suficiente. Un saber que no sirve para cerrar el llamado, sino para dar una dirección hacia donde dirigir la búsqueda. En el grito se integran, de forma radical, la demanda y la pulsión.

En los casos que nos ocupan en la actualidad vemos la insistencia del grito, porque sí hay una respuesta, pero esta respuesta es desde la omnipotencia. Lo situamos como una omnipotencia materna que instaura al hijo como objeto, como falo imaginario, parte de sí, confundido. Salir de esta esfera para existir implicaría convertir el grito en llamado, cosa que en este caso no es posible, porque siempre hay una respuesta que vendría a ser la de acallar ese grito con objetos. Y la aspiración sería la misma "quiero ser el objeto de tu deseo, quiero ser el falo"; es decir, habría una dirección hacia un objeto imaginario.

Así pues, es un punto crucial cómo se produzca el nombramiento por parte del Otro. Hay modos de nombrar que no permitirían, o harían difícil, la salida de una organización fundamentalmente imaginaria, por tratarse de nombres que son absolutamente inabordables. Aquí, vamos a colocar el nombre como el lugar ideal desde dónde uno es nombrado, según el deseo del Otro. Estos nombres inabordables, masivos, excesivamente distantes, no tienen una salida; pongo algunos ejemplos, es cuando el nombre de alguien implica una maldición, un nombre tan impactante que no puede haber una salida de eso; "el error de mi vida" es otro modo de nombrar; "el catedrático", etc.

Lo que vemos es que no hay distancia entre el sujeto y el Otro, o la distancia es tan escasa que tiene que ser continuamente evocada, y queda como efecto inmediato el odio hacia el otro de al lado. Esto no permitiría una salida del registro imaginario, sino que hay una dirección hacia un Otro simbólico que no puede producir un agujero en lo real, lo que llevaría a una confrontación imaginaria, en espejo. O sea, que el de al lado lo que quiere es quitar los bienes que en justicia le pertenecerían, y que sólo el Otro omnipotente podría darlos. Entonces, "si se los da a él, ¿por qué no me los da a mí?".

Se repite este grito continuamente para intentar poner una distancia, para poder salir de eso que atrapa, pero sin conseguirlo; esto sería una forma de admitir la falta que, sin embargo, aparece como no posible.

¿Cómo se situaría, aquí, el odio? El odio se situaría en relación al creador, ese Otro, que ha hecho mal las cosas. Y también a ese otro imaginario al que tengo que estar continuamente mirando qué es lo que hace, qué es lo que tiene, cuáles son los bienes que posee, porque los bienes que tiene son los que me han sido quitados y usurpados. Entonces, tengo que ver de qué manera se los quito, de qué manera destruyo eso que tiene, o lo destruyo a él mismo.

Celar en el odio, suponiendo que el odio participa de un goce inalcanzable. Necesidad, entonces de destruir. Toda relación del hombre con lo real, se organiza a través del odio imaginario de privarlo de los bienes que se hacen presentes por el orden simbólico. La operación que da cuenta de este proceso de pérdida es la privación; "soy privado de lo que, por derecho, me pertenece", por un otro imaginario. Las relaciones de poder se organizan en relación a esta operación. El dominio de los bienes es, entonces, el nacimiento del poder.

¿Cuál podría ser la salida de esta estructura de dominio? El amor se presenta como la respuesta. Porque en el amor, el goce condesciende al deseo. No se trata ya de los bienes, sino que el fundamento del amor es dar lo que no se tiene. Dar lo que no se tiene, además, a quien no es. Se sustenta en el don como lo imposible de ser dado; imposibilidad es lo que convierte a los dones en pruebas de amor. No se trata ya de objetos, sino que lo que me das es una prueba de tu amor, eso es lo que importa.

Cuando el amor está vinculado al deseo, su efecto es la escritura. Es la posibilidad de "la carta de amor", conducida por la demanda. Y el intento de "la carta de amor" sería crear algo nuevo. Eso nuevo que se intenta crear es una manera de nombrar el objeto causa del deseo, o sea, "la carta de amor" sería un intento de ponerle nombre al objeto causa de deseo. Por otra parte, esto sólo es posible cuando va dirigido al Otro del amor; es lo que dirige "la carta de amor", que siempre llega a su destinatario. En ese sentido, toda demanda sería siempre una demanda de amor, y es lo que va a permitir que el goce condescienda al deseo.

El odio del niño como signo de amor

Tomando en serio la posición de Lacan, aquella que señala que el sujeto es transindividual, podemos hacer una serie de consideraciones sobre los síntomas actuales. El sujeto no es ajeno al tiempo que le toca vivir. También es social, producto de la transmisión de escritura no leída. En este sentido, su saber es desconocido. Hoy queda poco lugar al desconocimiento, al olvido, a ese saber del inconsciente que se escucha en el silencio. No hay olvido en el discurso de la ciencia. Ciencia, técnica, progreso, argumentos sin réplica que concretan su avance en una multitud de objetos de posible acceso –dentro de las normas establecidas por la economía de mercado, evidentemente.

Nuevos síntomas, o tal vez, se trate sólo de la necesidad de una lectura diferente de lo que nos aqueja, y debamos –aquí también– poner en entredicho la idea de progreso. Para empezar a tratar estas cuestiones veamos algunos puntos:

*Primero*. La confusión entre el amor y la pulsión unificados en el grito. En el grito del que se coloca en el borde del precipicio casi por descuido, o porque tiene que hacerlo, o porque nada lo entretiene, o porque sí; alteraciones graves del comportamiento con alto riesgo, apatía, depresión, anorexia, etc.; acting-out, pasaje al acto. El grito como un llamado al Otro del deseo, un mensaje dirigido al Otro con la intención de generar un campo de deseo, que no quede oculto por la demanda. Hacerse oír va dirigido al Otro. Estos síntomas, como se ha dicho anteriormente, se pueden considerar como síntomas de actualidad. No hay tiempo, entonces, para dar eso imposible que fundamenta la verdadera respuesta, aquella que se funda en la imposibilidad de dar, y conduce al sujeto a la búsqueda de su propio camino. ¿Por qué? Porque ahora tenemos con qué tapar la boca. Y ésta es la norma habitual de nuestra época, que, sin embargo, no consigue sino hacer el grito más desgarrador.

*Segundo.* El ideal se extrae del saber científico como un saber completo, que no deja lugar al sujeto. El hijo entra, también, como un bien y es escuchado desde los presupuestos científicos. Pongo el ejemplo de lo que ocurre con la lactancia materna, donde lo que se dice es "eso es bueno"; y, entonces, la pregunta que viene es "¿cómo saber si se está haciendo bien, cuando no es posible verlo, ni medirlo?". Otros ejemplos, "¿cómo hay que hacer para educar bien, para ser feliz, para tener pareja, para triunfar en el amor, en el trabajo, etc.?". También tenemos respuestas: libros de autoayuda, educativos, institu­ciones, múltiples equipos de profesionales, para decir cómo hay que hacerlo y de qué manera.

Entonces, encontramos su resonancia en la clínica: alteraciones en edades muy tempranas de la vida, en las que las funciones básicas están cada vez más comprometidas; desorganizaciones aparentemente ajenas a la historia familiar, parecidas al autismo o a la psicosis, pero sin llegar a serlo; en algunos casos son niños catalogados como hiperacti­vos, con alteraciones generalizadas del desarrollo, etc. Todo este tipo de patologías están nombradas desde la ciencia, con la promesa de ir precisando, cada vez más, las causas explicativas que vuelvan a dejar por afuera cualquier particularidad.

*Tercero.* Señalamos la debilidad de lo simbólico. Respecto a lo simbólico, los límites se hacen confusos, parece que la separación tiene que ser establecida por decreto, no por estructura. Escindir lo que corresponde al amor y lo que corresponde a la pulsión, necesita de la función paterna. La respuesta social es, en el mejor de los casos, intentar ante la debilidad de lo simbólico –ante la debilidad de la palabra, que no tiene ningún valor– la mediación para llegar a acuerdos, a pactos; a una escritura de compromiso, ya que parecería que la palabra no escribe nada, que no tiene valor, que no produce efectos.

Rivalidad y lucha confrontados con un ideal que nos venden accesible, junto con el escaso valor de las palabras. Se trata entonces, de hechos –se dice. No se trata de palabras, y esto es lo que se evidencia cada vez con más fuerza. Lo que surge, en relación al Otro, es el autismo social, "El Otro es claramente peligroso".

Entonces, la cuestión actual es cómo se inscribe ahí, la falta. Porque se dan objetos, pero no se da el tiempo. No se da el tiempo y no se da el espacio para que aparezca el Otro. En todo caso, también el hijo tiene que ser una producción ideal. Hay una exigencia de que la cosa sea completa, y eso no dejaría ni un lugar de palabra, ni un lugar de existencia. Dar el tiempo es encontrarse con un enigma, porque ese propio hijo es también un enigma, la pregunta de ¿quién es ese de ahí? Y con la pregunta habría una distancia, una separación de un Otro absoluto.

De la otra forma lo que aparece es una relación de dominio y de poder, porque "tengo todo lo que puedes necesitar, y si no lo tengo, lo compramos”. Eso es lo que nos encontramos muchas veces en la clínica, cuando vienen con "falta algo, vamos a completar lo que falta"; completar lo que falta para conseguir ese ideal –ahí sí se puede inscribir el odio. Odio cuando no hay una respuesta esperada, cuando ese Otro no me da lo que le estoy pidiendo, no me da el ser. Y en este caso, no lo sitúo del lado del niño, sino del lado de los padres, quienes “para que no aparezca el odio”, responden con más objetos. Quien dice objetos, dice acciones, actuaciones, etc. Es lo que se está haciendo a todos los niveles, ¿cómo acallar la boca de eso?, ¿de qué manera? Se están creando todo tipo de circuitos, que tampoco funcionan, pero que cuando funcionan tampoco se ven como válidos. Incluso, ya, llegando a la cuestión de la justicia, donde se entra a mediar a nivel de la legislación en relaciones, porque no hay forma; tiene que entrar el Otro legal a decir de qué manera se articula esto, porque no hay manera de mediar. Ahí, pienso que, aunque el amor no sea el odio, en estos casos "para que no aparezca el odio", puede ser equivalente a, "para que no aparezca el amor".

Extraído *de* ***Lacan: amor y deseo en la civilización del odio****,* Editorial Universidad de Granada, 2004.